



Circe Urania Sencial
Beatriz García

Luz Amorocho Pionera de las arquitectas colombianas*

Nos dimos cita para conocer la primera arquitecta colombiana: Luz Amorocho. Este encuentro me llevó a muchos años atrás, cuando decidí ingresar a la Escuela Nacional de Minas, aceptando ser la única mujer entonces.

Me propuse llegar antes a la cita. Tenía muchas inquietudes dentro de mí. Quería recorrer las calles que rodean su casa, mirar, sentir, ubicarme donde ella vive. Iba a su encuentro. Este encuentro me llenó de admiración y regocijo. Tenía razón en querer mirar el lugar; no es un sitio cualquiera de Bogotá, es un sitio bien elegido: la avenida no pertenece a la cuadrícula urbana, más bien combina sus curvas con la pendiente, circundando casas de gran valor arquitectónico, a pesar de que no faltan los inmensos edificios desafiando el pasado. Hay árboles viejos y grandes, además de un hermoso paisaje.

Empecé a sentir la presencia de Luz y quería conocerla. Toqué a su puerta. Ya me estaban esperando Beatriz García y ella. El tiempo se me había acabado mientras recorría, paso a paso, los alrededores de su vivienda.

El encuentro fue muy placentero, quizás más de lo que imaginé. Queríamos conversar de todo, pero debíamos centrarnos en sus experiencias de vida.

* Conversación con Circe Sencial y Beatriz García, integrantes del Grupo Mujer y Sociedad

Luz Amorocho, con cara distensionada y amable, mujer inteligente y brillante, tiene muy claro cómo y por qué construyó su destino como mujer profesional, siempre sintiéndose dueña de él.

Queríamos saber cómo y por qué entró a la universidad y sin ningún rodeo la respuesta fue clara: “Las decisiones son condicionadas por las circunstancias de la vida”, y continúa hablando: “mis padres eran santandereanos, de El Socorro, con una historia familiar que se debe tener en cuenta”. Ella quería darle un comienzo a su relato.

“Después de la Guerra de los Mil Días las pertenencias de mis abuelos quedaron arrasadas; mi padre era una persona cuyos valores estaban centrados en la vida, el interés, el desarrollo humano, la actividad; en suma, su objetivo era buscar aperturas para lograr posibilidades. Así fue como decidió venirse a Bogotá donde trabajó y “creció”; además, tuvo la oportunidad de estar en contacto con círculos y personas con valores humanos e intelectuales y, cuando económicamente pudo, mandó por sus hermanas para abrirles otras posibilidades; no por sus hermanos, quienes vinieron después. Él sabía el significado de la guerra, pero su pensamiento era crítico, lo que le permitía desarrollar sus intereses y no quedar ajeno –como un observador-, disociado de lo que veía. Era un hombre activo. Por eso pudo, al llegar desprevenidamente a la ciudad, es decir sin proyectos preconcebidos, conseguir lo que consiguió, claro está, con la colaboración de mamá, como fue

darnos educación y decirnos de las posibilidades que teníamos por delante.”

Luz prosigue: “En mi casa hubo poca plata pero muchos libros. Hubo mucha apertura de pensamiento; había que estudiar y punto.”

Para ella el ambiente en el cual creció era muy equilibrado entre hombres y mujeres y con el fin de explicarnos esta apreciación continúa diciéndonos: “Ambos, papá y mamá, aportaban a la casa. Tenían una industria y quien estaba en contacto con los obreros y se hacía cargo de la pequeña industria era mamá. No había escisión entre hombres y mujeres; por ejemplo, mis hermanos no mandaban. El intercambio intelectual se hacía en las discusiones alrededor de la mesa, las cuales eran permanentes e interesantes. Allí había total libertad.” Sin embargo, continúa Luz: “En la universidad tenía que hacer esfuerzos por esconder en lo posible lo que me pudiera distanciar de los compañeros. No podía mostrar que tenía ideas propias ni ideas que, en ese tiempo, se suponía que las mujeres pudiesen expresar. Total, no podía expresar mi pensamiento a pesar de que no he sido una persona callada, ni silenciosa.”

Para ubicarnos un poco en el contexto cultural que le tocó vivir, nos cuenta que ingresó a la universidad en el año 1941 y terminó en el año 45; antes que ella, en 1940, había entrado a la facultad un grupo del Gimnasio Femenino, pero dos años después las integrantes de este grupo se salieron. No sintió tanta agresividad como la que hubiera vivido, por ejemplo, en ingeniería, pues algunos de los ingenieros pensaban que eran más machos que los arquitectos ya que estos tenían más desarrollado su lado sensible y artístico, lo que los hacía menos agresivos y, además, eran los niños bien.

Se decía que los arquitectos eran maricas, para utilizar un término, con el fin de disminuir una

carrera que no tenía todo el contenido matemático, ni los estudiantes tenían todo ese machismo que marcaba a los ingenieros. Éstos también decían que las mujeres que estudiaban ingeniería eran feas, pues era una manera de segregarnos, de limitarlas. También es cierto, comenta Luz, que en las facultades de artes se le da la posibilidad de mayor libertad a la persona que tenga opciones sexuales diferentes.

Tuvo suerte Luz de haber estudiado cuando la Revolución en Marcha del presidente Alfonso López Pumarejo permitió a las mujeres prepararse en el bachillerato para poder ingresar a la universidad, época en la cual López ya había proporcionado a la Universidad Nacional una nueva integración física en la Ciudad Universitaria. Esto formaba parte de la atmósfera que se respiraba en el país en aquel entonces.

Pasando a la vida profesional, Luz nos dice que le fue fácil. En 1945 el gobierno de Eduardo Santos, cuyo ministro de Educación fue Germán Arciniegas, fundó el Colegio Mayor de Cultura Femenina de Cundinamarca siendo directora Ana Restrepo del Corral y Luz Amoroch, primera arquitecta del país, fue nombrada directora de la carrera de Delineante de Arquitectura, que abrió sus aulas en dicho plantel como una carrera intermedia para mujeres, además de otras.

Después del 9 de abril de 1948, que coincidió con la quemada de la isla de Tumaco, en el Ministerio de Obras Públicas, Sección de Edificios Nacionales, se creó un proyecto para la reconstrucción de dicha isla. En él trabajó Luz hasta el año 1950. En esta oficina también se diseñaban escuelas, colegios, edificios de correos, entre otros.

Del Ministerio de Obras Públicas pasó a la firma Cuéllar, Serrano, Gómez, donde trabajó diez años; en este periodo participó, entre otras obras, en el diseño y construcción del Hotel Tequendama.

Después, según sus palabras, le llegó una “rebelación”, no caída del cielo, sino que se rebeló contra todo: “quemó los barcos” y se fue para París. Tomó esta decisión porque quería asumir su libertad, hacer lo que quisiera sin tener quien la mirara ni quien la juzgara. Esta libertad no fue total porque no iba con beca sino que tenía que depender de su trabajo, lo que era ya una limitante. Quería hacer lo que le placiera: ir a cine, al teatro, a conciertos, tomar contacto con la cultura y a pesar de que el tiempo libre no era suficiente, pudo conocer muchos colombianos quienes sabiendo que ella estaba allá la buscaban.

Luz quiso huir del ambiente conservador y el dedo acusador de nuestra sociedad de entonces. Se sentía amarrada; por ejemplo, tenía que poner cara de lo que se esperaba de una persona que trabajaba en Cuéllar, Serrano, Gómez y eso la saturó. Ella frecuentaba aquí grupos donde estaban Obregón, Grau y personas de ese estilo, pero solo el hecho de vivir en casa con la mamá era bastante limitante. Quería ampliar su mundo, respirar otros aires.

En París trabajó con la arquitecta Nicole Sonolet y en otras oficinas donde tuvo oportunidad de colaborar en varios tipos de proyectos. Como nota al margen, fue tanto su desprendimiento para irse que solo se llevó un Obregón y dos retratos de ella y su mamá hechos por Roda.

La sensación de verdadera libertad la sintió cuando regresó de París y, como dice Luz, “para medir la libertad es necesario que se la coarten un poco”, porque a ella le gustaba hacer lo que le parecía y así fue como pudo cortar con sus mundos anteriores y distanciarse de antiguas amistades,

lo que hizo de manera no violenta, por ser gente querida por ella. Al mes de regresar a Colombia entró a trabajar en la Oficina de Planeación de la Universidad Nacional, como jefe de la División de Planeación Física. Con amigos hechos en París, en especial por intermedio de uno de ellos a quien quiere mucho, Jacques, pudo acercarse a la Casa de la Cultura, fundación creada por Santiago García a quien ella había conocido mucho tiempo atrás, pero fue Jacques la persona que los acercó de nuevo. Así fue como entró al Grupo de Teatro La Candelaria para trabajar en la primera época de la obra *Marat-Sade*. Después participó en otras dos obras, pero esto realmente no era lo suyo, lo que le impedía responder totalmente. Disfrutaba del montaje, los ensayos, la manera de posesionarse de un papel, pero no de la presentación ante el público, lo que le exigía mucho tiempo; por lo tanto, consideró que debía dedicarse a lo suyo: el trabajo en la Universidad, donde estuvo 16 años.

Comentando acerca de sus primeras amistades, la época de los pintores, opina Luz que ellos a pesar de ser personas progresistas no dejaban de estar inmersos en los esquemas impuestos por la cultura de ese momento. A modo de ejemplo, a los comunistas de la Universidad ella los llamaba “machistas leninistas”.

Vi reflejado en la conversación con Luz Amorochó el trasfondo de una persona rebelde, amante de la libertad, crítica de la sociedad conservadora y machista, deseosa de estar cerca de todas las manifestaciones del arte y la cultura. Dueña de su destino y muy responsable con su trabajo. No quiso dejarnos llegar a su vida afectiva y emocional, dando razones muy convincentes.